

con Ida, sostenida en tono familiar y como si hubiesen sido amigas de siempre.

Irma tomó la mano de Ida y se la estrechó diciendo:

—Hoy puede usted estar contenta, porque ha hecho usted una buena presa.

Ida besó á las tres cariñosamente mientras les decía:

—Este es el mejor motivo de nuestro coloquio.



XLII

Entre galeote y marinero.

BIEN sabía la directora que su ama la comadrona, aunque impía cuanto puede serlo una mujer, y por lo mismo capaz de realizar á sangre fría cualquier delito, era, sin embargo, tan supersticiosa, que la sola sospecha de alguna virtud oculta ó sobrehumana bastaba para espantarla y volverla mansa como un cordero, para conciliarse el favor de los maleficios. Como para defender y propagar su torpe industria no vacilaba en afrontar el mayor delito, así para deshacer un hechizo habría hecho lo imposible y sacrificado cualquier cosa.

Al regresar á casa después del famoso fracaso de la intriga tremenda en la oficina central de Telégrafos, la directora pensó en sacar buen partido de este carácter supersticioso de la comadrona, para precaverse contra la furia de su compañera, que de otro modo iba á estallar ruidosamente.

No se equivocó en sus presunciones.

La comadrona, que estaba como sobre ascuas por la ansiedad de conocer el éxito de aquella empresa, cuando vió aparecer delante de sí á la directora seria y preocupada, se percató pronto de que la cosa había andado mal, de manera que, devorándo.

la con los ojos, empezó á gritar como una loca, exigiéndola el relato de la aventura.

Pero la directora, que conocía el pie de que cojeaba su interlocutora, adoptó un aspecto más tétrico que antes, y poniendo el índice en cruz sobre la boca, dijo con tono de misterio:

—¡Tiene al diablo de su parte esa bribona! Dios nos tenga de su parte.

—Pronto, ¿qué ha sucedido?

—Todo iba bien, cuando el enemigo se mezcló en el asunto.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Que su diablo familiar se lo había revelado todo antes de que llegásemos á la oficina.

—¡Triste de mí! Pero ¿quién se lo ha dicho?

—Aquí está el enigma. Luego...

—¿Luego?

—Es un misterio que sólo puede explicar alguna fuerza mágica, la cual tiene ojos y oídos invisibles... Si usted hubiera visto á esa desvergonzada, ¡qué tranquila estaba en nuestra presencia! Esa maldita ha encontrado una magia más fuerte que la nuestra. Por lo tanto, conviene romper ante todo el maleficio, si no queremos que se vuelva contra nosotras... Escuche usted todo lo que ha pasado:

La comadrona, pálida como la muerte, balbuceó muchas frases cabalísticas, mientras la directora le refería lo sucedido en Telégrafos, puntualizando las cosas de manera que su compañera no tuviese duda alguna de que en aquella aventura había intervenido una potencia misteriosa y sobrehumana.

El resultado respondió á sus previsiones.

La comadrona la escuchaba azorada, recordando los casos extraños en que se habían malogrado todos sus proyectos de venganza contra su odiosa enemiga. Por lo tanto, le pareció indudable que ésta estaba protegida por alguna virtud oculta más potente que la suya, y comenzaba ya á desconfiar de la

bruja que le había enseñado el camino de la venganza, y si no la juzgaba una impostora, se sentía inclinada á pedirle cuenta del éxito infeliz que habían tenido todos sus planes. Pensaba, al propio tiempo, en que aquella potencia misteriosa hubiese revelado también á Ida el nombre de la ejecutora, de la primera autora, de quien había salido el proyecto y el impulso de la traición.

Bajo el dominio de estos pensamientos, no hay que decir cuán atareada se sentía, y cómo el temor de ser descubierta la llenaba de angustia...

En esta disposición de ánimo se encontraba la comadrona cuando se difundió la noticia del enorme éxito alcanzado por la *Alianza nacional*. Si la tierra se hubiese abierto bajo sus pies, no habría experimentado mayor espanto. Entonces cayó en tal estado de consternación, que abandonó todos los asuntos domésticos á la directora y decidió verse secretamente con la bruja para desahogarse con ella, echándole al rostro sus oráculos fallidos.

Llegada también en esta ocasión muy temprano á la aldea, y habiendo sido introducida en la casa de la bruja por la *secretaria*, se quitó el chal, aguardando pacientemente á que se presentara doña Mónica.

Después de un cuarto de hora de antesala, entró ésta, y apenas hubo visto á la visitante la dijo, mirándola de pies á cabeza:

—Todavía vuelves á aburrirme con tu presencia, desvergonzada.

—Guárdese usted este título y añádase el de profetisa falsa, que bien merece uno y otro.

—Pobre imbécil—replicó la bruja en tono de superioridad indiscutible...—¿Qué culpa tengo yo de tus locuras? Quien ofende á los espíritus que ha evocado en su provecho, desencadena en daño suyo sus iras.

Bastó esta amenaza misteriosa para aterrorizar á la comadrona, que permaneció muda mirando á la sibila con aspecto sumiso como si quisiese implorar su perdón.

Lo advirtió la vieja, y replicó tranquilamente:

—Pero dejémonos de reproches... Deseaba verte para decirte que no han podido ser peor seguidas las respuestas de los espíritus como en el caso de Fiocchetti.

—¿Pero acaso no he aplicado las fórmulas de la manera que usted me indicó?

—Si las hubieras aplicado como yo te dije otro hubiera sido el resultado; pero ese mentecato todo lo ha echado á perder.

—Vuelvo á repetir á usted, gritó encolerizada de nuevo la comadrona, que yo no he hecho más que seguir al pie de la letra sus instrucciones. Luego no trate de engañarme ahora. No soy tan estúpida como usted se imagina.

A estas palabras la vieja se puso en pie encolerizada, con los ojos llameantes y luego dijo con burla feroz:

—¿Conque me crees una impostora? Pues vete y no vuelvas á poner los pies en mi casa. Pronto tendrás que arrepentirte. Quien busca encuentra.

—Pero dígame por el amor del cielo, dígame en qué me he equivocado y qué debo hacer para enmendar mi yerro. No me atormente más.

—Ya te lo hubiera dicho si no te hubieses insolentado conmigo. Conque cállate y escucha. Si en vez de escamotear el pase de la Piumetti para apoderarte de la fotografía, hubiese hecho una instantánea de esa mujer, ¿te parece á ti que habrían adivinado el hurto y descubierto el taller donde se sacó la copia?

—No había pensado en ello.

—Y si en vez de quererle suministrar el *curare* por medio de una persona tan sospechosa como la Maglioni, tratando de atemorizarla por ese imbécil de Fiocchetti le hubieses dado un buen narcótico y hecho una inyección, ¿me entiendes? como yo

te he enseñado, ¿no te parece que el efecto hubiera sido infalible?

—Sí, pero corría el peligro de ser detenida.

—¡Bah! Basta con entender el juego... En la oficina de Telégrafos habéis hecho mil estupideces.

—¿Cómo?

—¿No comprendías que esa alemana, sólo con presentarse en Telégrafos despertaría sospechas en la Piumetti? Y además ¿cómo no prever que ese mentecato de Fiocchetti, en su perplegidad infundiera sospechas?

—Sí, sí; todo eso está muy bien... Pero no es lo mismo aconsejar que poner en obra un proyecto. ¿Qué iba á hacer yo sin la alemana y sin Fiocchetti? ¿Exponerme á ir á galerías?

—No sabes lo que te dices. Escucha y respóndeme. Si en vez de la Schwitzer y de la Fioroni, se hubiesen presentado en el ventanillo dos personas desconocidas de la Piumetti y si Fiocchetti antes del hecho no fuese advertido del embrollo, ¿sabes lo que habría ocurrido?

—Un escándalo.

—Nada de eso. La Piumetti nada habría sospechado y Fiocchetti hubiese permanecido tranquilo; las dos encargadas de recibir el billete habrían pedido el testimonio de esto y los tres, inducidos por ti, habrían confirmado la declaración delante del juez, y tu enemiga resultaba deshonorada... Ahora vuelve á decir que es muy fácil dar consejos.

—La comadrona no respondió, sintiéndose inferior á la vieja en perversidad y en audacia.

Adivinó la bruja el pensamiento de su alumna y añadió:

—¿Por qué me miras como un papanatas? ¿No te he dicho mil veces que no quiero entrar en tus intrigas y que cuando por voluntad ajena consulto los espíritus con la alta magia, yo no soy más que un instrumento pasivo, como el puñal de que otro se sirve para herir á su enemigo? ¿Qué culpa tiene el pu-

ñal si la mano lo emplea para herir? Demostrar después que el puñal ha sido mal manejado, no es ciertamente aprobar el atentado ni excitar á que se realice otro nuevo. Conque allá tú con tu conciencia, que yo me lavo las manos.

—No tenga usted escrúpulos como yo no los tengo... si no tenemos otros pecados estamos puras como dos perlas. ¿Acaso no tengo yo el derecho de defenderme contra mis perseguidores? Pues una ú otros deben sucumbir en la lucha... Pero me parece que mi enemiga cuenta con una potencia mágica más influyente que la mía.

—¿Qué potencia ni qué magia?

—Pues entonces, ¿cómo pudo parar el golpe?

—¡Pamplinas! Te repito que nada sabía y que sin la perplejidad de Fiocchetti y la presentación de la alemana, nada hubiese adivinado tampoco.

Pero la comadrona no se dejó convencer y continuó sosteniendo obstinadamente que una fuerza sobrehumana protegía á la Piumetti. Aquí estalló una verdadera disputa entre las dos bribonas, hasta que la vieja puso término á ella, adoptando el partido más seguro, es decir, el de atemorizar á la comadrona, murmurando palabras cabalísticas y diciendo como si hablara para sí:

—Todo lo sabré antes de que raye el alba... Ellos me lo dirán. El efecto fué instantáneo.

—En nombre de Dios,—gritó atemorizada la crédula y perversa mujer, cogiendo la mano de la bruja y besándosela —dígame lo que debo hacer; de otro modo estoy perdida.

La vieja no respondió.

—¿Luego no hay remedio?—preguntó la comadrona.

—Hay uno—dijo la otra.

—¿Cuál?

—Ceder el campo.

—Eso no... Antes daría mi alma al diablo.

Callaron ambas y por fin la comadrona dijo tímidamente.

—¿Y si consultásemos de nuevo á los espíritus?

—Sería completamente inútil y hasta peligroso. ya que como te he dicho muchas veces, con una sola revelación basta.

—¿Entonces no me queda más recurso que dar el último golpe que usted acaba de sugerirme?

—Nada más.

—¿Tendrá éxito?

—Infalible, si se realiza bien.

—¿Y si no?...

—Si no, el responsable será el ejecutor.

—Pero usted debe hacer todo lo posible para que tenga éxito.

—Por eso te he comunicado ciertos secretos de la cábala que nunca revele á nadie. Te he enseñado el uso de un filtro y de un narcótico que no son conocidos más que en las cimas de la magia. El primero vuelve estúpido al ejecutor; el segundo coloca en sus manos á la víctima... Yo no soy más que el instrumento pasivo de los espíritus, como la bocina recibe el aliento de la boca.

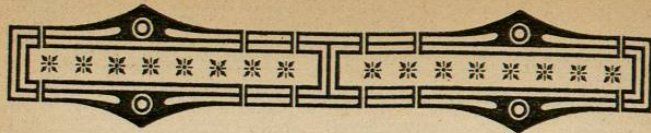
—Pues bien,—dijo resueltamente la comadrona.—Jugaré la última carta. Y si caigo no caeré sola.

—¡Ay de ti si te apartas del camino que los espíritus te han señalado! ¿Has comprendido?

Pero la comadrona no respondió y envolviéndose en el chal se dirigió hacia la puerta sin aguardar á la *secretaria*, que salió detrás de ella dirigiéndole toda clase injurias.

Al volver á su casa se encontró un carro fúnebre que iba al cementerio desde el depósito de cadáveres del Hospital. Al verlo fué acometida de tal terror que tuvo que detenerse para no caer. Por fin se repuso y dijo:

—¡El diablo se vuelve mi enemigo...! No importa. Iré, sí, iré al cementerio como un perro; pero antes irá ella, ó dejo de ser quien soy, Luisa Trecoppe, hija de nadie.



XLIII

La trata de blancas.

EL último golpe que, según la respuesta de los espíritus, debía dar la comadrona á su enemiga, exige para su preparación, destreza y diligencia suma. La primera condición para realizar felizmente el proyecto era la de esperar una buena ocasión, y madurar bien la cosa mientras tanto para no sufrir un nuevo fracaso.

Pero ahora tenía la comadrona (cuyo nombre acabamos de revelar) otro asunto no menos grave y más urgente á que atender, si no quería prescindir de su industria, que estaba en circunstancias muy críticas.

En los últimos tiempos, á medida que la *Alianza* extendía sus conquistas, era cada vez más difícil la práctica del oficio infame que ejercía la comadrona, la cual, además de necesitar abastecerse para su industria privada, debía satisfacer á ciertos asuntos que traía entre manos con una empresa internacional para la trata de blancas, que tenía una agencia en Génova para las escalas de Levante, agencia que le había encargado recientemente algunas comisiones urgentes.

Decidió, por tanto, la malvada mujer ponerse en viaje para

buscar nuevas víctimas, no sólo para atender á las necesidades imperiosas del comercio, sino para preparar la intriga contra su enemiga, distrayendo, además la atención de cuantos le hacían la guerra y dar tiempo al tiempo para que se atenuase la desconfianza y el resentimiento de la Piumetti.

Provista de los diferentes vestidos, con que solía disfrazarse, según la clase de las personas con quienes debía tratar, y de una buena provisión de objetos devotos, que en las aldeas especialmente le prestaban muy buenos servicios, dejó las últimas instrucciones á la directora y los nombres de los lugares de su itinerario, y para no ser vista en la estación del ferrocarril, partió en coche cerrado para tomar el tren en la estación inmediata.

Pero no pasaron muchos días sin que la noticia de su viaje fuese conocida de las personas á quienes deseaba ocultarla...

Conviene hacer notar aquí que la Condesa, solícita en afirmar la situación de la *Alianza nacional*, especialmente con la elección de las personas más idóneas, así como había designado á Ida para el cargo de secretaria general, quiso también darle una auxiliar que dependiese exclusivamente de ella, y para este puesto señaló á la persona más fiel á Ida, esto es, á su primera conquista, á Giorgina, que se mostró loca de contenta con entrar al servicio personal de su *buen ángel*.

Era preciso ver á la joven el día que entró en el nuevo servicio, con cuánta alegría le besaba las manos y lloraba de placer, diciendo al propio tiempo:

—Si no hubiera sido por usted, ¿dónde estaría yo ahora? Dios mío, gracias. Haz que muera por ella antes de abandonarla.

No hay qué decir que entre Giannina y Giorgina se estableció un acuerdo perfecto, una especie de pacto ó de liga defensiva y ofensiva contra las huestes del feminismo radical y particularmente contra las maquinaciones de la comadrona, en quien veían al enemigo más terrible y más audaz y de quien espera-

ban todo género de insidias y de traiciones contra la Condesa y su protegida.

—La conozco,—decía Giannina— sé de lo que es capaz... No vive más que para hacer mal á nuestro *buen ángel*. Conque alertal

—Y yo la espero arma al brazo, respondió fieramente Giorgina, para ajustarle las cuentas de una vez.

—Despacio, despacio, amiga mía... Con esa bruja hay que proceder astutamente. Vigilémosla de cerca.

Con sus compañeras y conocidas, constituyeron una especie de ronda volante para espiar á la astuta mujer sin que ella lo advirtiese.

De este modo llegaron á saber que había partido secretamente con mucho equipaje; y algunos días después averiguaron que acababa de regresar con algunas forasteras y que había vuelto á marcharse el mismo día en coche cerrado. Luego volvió con nuevas presas, entre ellas dos jovencitas de poco más de doce años. Cuatro de aquellas muchachas habían salido para Génova. La comadrona también volvió á partir otra vez.

Estos hechos hablaban claro. La tigre salía á caza de carne humana y hacía muchas presas. Era necesario arrebatarle el botín.

Giorgina habló de denunciarla á la policía; pero Giannina que era más reflexiva, le hizo ver los peligros que envolvía este proyecto, y que debían proceder con gran cautela para no echar á perder el asunto.

—Estamos en deuda con ella—decía Giorgina—y tenemos el deber de velar por nuestra ama.

—Por lo que á mí respecta,—replicó Giannina,— bien sabe Dios que la he perdonado de buena voluntad. Pero ambas estamos llamadas por la Providencia para defender á estos dos ángeles del cielo...

Á este punto llegaban en su diálogo, cuando Giannina fué llamada á la portería, donde encontró á una de sus antiguas vecinas de aldea y amiga de la familia, que después se había casado con un aldeano de los Alpes yendo á vivir á este país bastante lejano del suyo.

—¿Cómo? ¿Tú aquí, querida Lisetta?—la dijo abrazándola— ¿Qué asuntos te traen desde la montaña?

—Te contaré pronto mi dolorosa historia; pero antes promete que me ayudarás á encontrar á mi pobre hija.—Y al decir esto rompió á llorar amargamente.

—¿Qué dices? ¿Dónde le has perdido?

—Está aquí, en la ciudad... Lo he sabido de una manera cierta... Ven, ven conmigo porque yo temo que me engañen... Hazlo por el amor de Dios.

—Sí, sí, iré; ¿pero dónde debemos ir?

—Á la calle de Granchi, 15...

—¡Ah, Dios mío! exclamó aterrorizada Giorgina.—Ahora lo comprendo todo... Espérame un minuto y vamos en seguida.

Dicho esto desapareció para avisar á Giannina que tenía que salir para un asunto urgente; tomó el poco dinero con que contaba y marchó á pie con su antigua amiga hacia la casa de la comadrona, decidida á arrancarle su presa.

Mientras iban andando, Lisetta le contó todo lo ocurrido.

Tres días antes había aparecido en el país una mujer vestida con traje casi monacal, una cruz al pecho y rosario á la cintura. Esta mujer había distribuido á las muchachas que encontraba, imágenes sagradas; había visitado después muchas familias, diciendo que viajaba para elegir algunas jóvenes que recibirían educación en un gran colegio fundado por el Papa, con el dinero que había dejado un archimillonario americano.

Estuvo también en casa de Lisetta, donde convenció á su hija mayor Rosina, para que fuese á Roma, diciéndola que era una hija predilecta de la Virgen. Con tal aire de compun-

ción dijo estas palabras, que los padres de Rosina la dejaron marchar.

Veinticuatro horas después de la partida, les fué entregado un telegrama de un primo suyo, mozo de estación, el mismo cuya mujer había recogido á Giorgina, cuando Brandini la despidió de su casa. El telegrama decía: «*Venid pronto á buscar á Rosina, si no queréis que se pierda para siempre.*»

Inmediatamente la madre se había puesto en camino con la angustia en el alma.

Por su primo supo que encontrándose de servicio en la estación, había visto descender del tren á Rosina con la comadrona á quien conocía perfectamente; se acercó á la pareja de policía rogándole que detuviera á las dos mujeres; pero los agentes replicaron que nada podían hacer sin un mandato explícito de la autoridad competente, previa denuncia de los padres de la joven.

En tanto las dos mujeres habían desaparecido.

Entonces fué cuando puso el telegrama.

Y aquella mañana no pudiendo abandonar el servicio había aconsejado á Lisetta que se dirigiese á Giorgina, diciendo:

—Conozco á esa gente y es capaz de atemorizarla. Conque, ve á buscarla.

Llegadas al número 15 de la calle de Granchi, Giorgina oprimió el botón eléctrico, y una vez abierta la puerta, preguntó á la famosa vieja, ya conocida de los lectores:

—¿Está en casa Rosina Calcina, una muchacha aldeana, que ha llegado hace dos días?

—Preguntad en la puerta de la derecha.

Subieron y llamaron en la otra puerta.

Aquí vino á abrir una joven vestida de negro como las mandaderas de las monjas, y les dijo que Rosina había ido á misa con una persona de casa.

—¿A qué iglesia?—preguntó Giorgina esforzándose en disimular su alegría.

—A San Lorenzo.

—Gracias—dijo Giorgina;—y volviéndose á Lisetta añadió:

—Vamos.

Apenas habían dado algunos pasos cuando la pobre madre dió un grito.

—¡Allí está! ¡Ah, Dios mío!—exclamó al ver á su hija que venía enfrente de ellas acompañada por otra mujer.

—Ánimo—le dijo Giorgina resueltamente,—apretemos el paso y déjame hacer.

Tan pronto como la muchacha hubo visto á su madre echó á correr arrojándose en sus brazos, mientras la compañera, atónita por aquel encuentro, la seguía á buen paso.

—Ven con nosotras, Rosina—le dijo imperiosamente Giorgina.—Y cogiéndola por la mano apretaron á correr las tres.

La otra, que apenas podía seguirlas, llamaba á Rosina para que se detuviese; pero Giorgina encargó á la madre que siguiese corriendo con su hija, mientras ella se detenía y daba cara á la acompañante de la muchacha, diciéndola:

—Vete á tu casa, pues te advierto que si no dejas á la muchacha aviso al primer policía que encuentre para que te detenga como autora de un rapto.

Y sin esperar respuesta se unió á sus compañeras mientras la otra permanecía aterrada mirando como huía la presa.

Aquel mismo día la madre regresaba con su hija muy satisfecha por haberla sacado pura é inocente de aquel antro donde se traficaba en carne humana.

Giannina y Giorgina dieron cuenta á la Condesa de todo lo sucedido, manifestando que esperaban hacer caer á la comadrona en las garras de la justicia.

—¡Dios lo haga!—dijo la Condesa.—Pero la policía no se da por satisfecha con demandas.

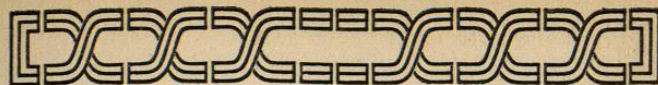
Aquel mismo día mandó una circular á las representantes de la *Alianza* en las regiones recorridas por aquella mujer infame,

en la cual explicaba la verdadera naturaleza del odioso mercado. Escribió también á algunas personas de su mayor confianza para que procurasen sacar de la miserable bruja una instantánea que podría servir como prueba para arrancar la máscara con que ocultaba sus fechorías.

Tan rápida y tan saludable fué la circular que al verse acogida con recelo y desconfianza en todas partes, la miserable mujer emprendió la vuelta, no sin dejar en una máquina fotográfica la huella de su persona en hábito monacal con la cruz al pecho y el rosario á la cintura.

Cuando la Condesa tuvo en sus manos aquel precioso retrato se lo mostró á Ida diciendo:

—Este es un documento que más adelante podrá ser de mucha utilidad. Entretanto tenemos tiempo por delante, y quien tiene tiempo tiene vida.



XLIV

Dos bribones en Consejo.

A la rabia que devoraba á la comadrona, por haber tenido que interrumpir su *productivo* viaje, sucedió el furor cuando llegó á saber la desaparición de la hermosa Rosina, en quien había fundado las más risueñas esperanzas, y de quien esperaba obtener un gran provecho.

En el acto pensó que también en esta ocasión las gentes de la *Alianza* habían intervenido, y no hay qué decir que pronto se confirmaron sus sospechas por los indicios recogidos sobre el particular.

El dolor que experimentó la comadrona ante esta nueva derrota no es para descrito, así como la ira que se apoderó de ella.

Recordaba con el pensamiento la larga historia de sus luchas con la *Alianza*, de sus empresas por vengarse de la Piumetti, del día en que ésta le asestó el primer polpe, y sólo veía derrotas para ella y victorias para su enemiga.

Ya nada podía la *Liga* contra la *Alianza*, nada la Schwitzer y Brandini, contra la Storni y la Piumetti; sólo ella permanecía en el puesto de combate contra su perseguidora que fraguaba su